

Palabras de Alicia Bárcena  
Secretaria Ejecutiva de la  
Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL),  
en ocasión del homenaje al diplomático sueco Raoul Wallenberg  
CEPAL, Naciones Unidas  
Santiago, Chile  
12 de noviembre de 2012

Señora Eva Zetterberg, Embajadora de Suecia en Chile,

Señor David Dadonn, Embajador de Israel en Chile,

Señor Amerigo Incalcaterra, Representante Regional para América del Sur de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos,

Señor Juan Pablo Crisóstomo, Director de Derechos Humanos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile,

Estimados miembros del cuerpo diplomático, representantes de la sociedad civil, colegas del sistema de las Naciones Unidas,

Saludo con afecto a los integrantes del coro de la CEPAL y del coro

Voces de Israel.

Señor Eli Alevy, quien nos brindará su propio testimonio,

Rodeado de otros miles de árboles, en el Monte del Recuerdo en Jerusalén, crece un pequeño algarrobo. Se destaca por la modestia de sus ramas, por su juventud y porte, que contrasta con la envergadura de otros similares que lo flanquean.

A sus pies reposa una placa que conmemora a Raoul Wallenberg, que reconoce su merecida presencia en la Avenida de los Justos entre las Naciones, en el corazón de Yad Vashem (el memorial del holocausto).

Ese árbol es más pequeño, más joven, porque por décadas esperó que fuese el propio Raoul Wallenberg quien lo plantara. Por largo tiempo se avivó la esperanza de que sus captores le liberaran, que la incertidumbre de su destino diera paso a su regreso, que él mismo, en vida pudiera escuchar en su homenaje recitar desde el Talmud:

“Hamatzil nefesh ahat, ke'ealu hetzil olam ma'leh”

(Aquel que salva una sola vida, salva al universo entero)

Raoul Wallenberg no regresó. Pero su testimonio de valor y sacrificio ha plantado millones de semillas en la conciencia de nuestro mundo.

Este año 2012 se celebra en todo el mundo el centenario de su nacimiento, el de aquel joven diplomático sueco que salvó a decenas de miles de judíos en Budapest en 1944.

Hoy nos reunimos aquí en Santiago para mostrar nuestro respeto y rendir homenaje a un hombre valiente, a un líder que pese a la brutal desproporción de medios tuvo el coraje de ayudar a quienes sufrían.

Raoul Wallenberg, al igual que Dag Hammarskjöld, fueron ciudadanos de Suecia, que es actualmente una de las naciones más generosas en la cooperación para el desarrollo y en asistencia humanitaria. Ambos personajes representan los ideales humanistas de una sociedad solidaria, abierta e igualitaria, que ofrece a los suyos una de las mejores

calidades de vida del mundo y que no ceja en su esfuerzo por que esas condiciones alcancen al resto de los pueblos.

Raoul Wallenberg nació en el seno de una poderosa familia. Tras el servicio militar, estudió arquitectura en la Universidad de Michigan, trabajó en los negocios de la familia en Sudáfrica y en un banco en Haifa. Allí tuvo contacto con muchos judíos que habían escapado de la Alemania de Hitler.

De regreso en Suecia en 1936, se asoció con un judío húngaro en actividades comerciales, por lo que viajó intensamente por la Francia ocupada, Hungría y Alemania.

Sus biógrafos lo describen como un hábil negociador, con gran capacidad organizativa, políglota, dueño de una personalidad cautivadora y que, al mismo tiempo, imponía respeto.

A comienzos de 1944 el mundo tomaba conciencia de lo que significaba “la solución final del problema judío” y los campos de concentración nazi.

Hungría tenía 700.000 ciudadanos judíos. Tras la ocupación de las tropas alemanas en marzo de ese año, Adolf Eichmann organizó su deportación en trenes de carga a los campos de concentración en Polonia. En dos meses deportó a más de 400.000 hombres, mujeres y niños.

Ese mismo año en los Estados Unidos se estableció el Consejo de Refugiados de Guerra, para rescatar judíos de la persecución nazi. Entre sus integrantes estaba el socio comercial de Wallenberg, quien sugirió que él encabezara la acción de rescate en Hungría, ya que conocía bien el país y tenía una red de contactos.

Suecia, que trabajaba activamente en esta misma misión, lo nombró Primer Secretario de su legación diplomática en Budapest. Cuando

Wallenberg llegó a la ciudad, en julio de 1944, quedaban 200.000 judíos.

Wallenberg era un hombre con una misión. Empleó múltiples y diferentes estrategias, abandonando con rapidez aquellas que no lo llevaban a salvar vidas humanas, improvisando sin fin. Contrató a cientos de judíos como sus “asistentes”, dándoles también un cierto grado de inmunidad. Más importante aún, diseñó unos pasaportes que hacían ciudadanos suecos instantáneos a los judíos y, al comprobar su efectividad, los repartió por miles. Otras legaciones diplomáticas hicieron lo mismo.

Era una lucha sin descanso, la situación era cada día más desesperada.

A comienzos de enero de 1945, Wallenberg se enteró de que el jefe nazi ordenaría la masacre de los judíos que aún quedaban en Budapest.

Apeló a la única autoridad que podía detenerlo: el comandante de las

tropas alemanas en Hungría. Le hizo ver al general que sería considerado responsable por la masacre y colgado como criminal de guerra al finalizar el conflicto. El exterminio masivo fue detenido a último momento.

Dos días después llegaron los rusos y encontraron 97.000 judíos vivos en los dos ghettos de Budapest.

¿Cuál es el legado de este héroe de la Segunda Guerra Mundial, que no combatió con las armas porque su país era neutral, que se desempeñó en territorio enemigo usando solo su profundo conocimiento de sus adversarios, su coraje, su carisma?

Para el mundo Raoul Wallenberg es un emblema del humanitarismo. Se le admira como un símbolo de la tolerancia, del valor, del ingenio y la imaginación para superar situaciones imposibles, un maestro de la diplomacia, la organización y el encanto. Es respetado como el líder que inspiró a otras personas a colaborar, aun exponiendo sus vidas.

Su hazaña nos hace reflexionar sobre lo que motiva a algunos a arriesgar todo por salvar a otros en peligro.

Raoul Wallenberg es testigo de que las masacres en masa pueden detenerse.

Aún hoy Wallenberg sigue siendo un ejemplo inspirador.

A nosotros en la CEPAL la gesta de Wallenberg nos impulsa a redoblar las energías para superar la desigualdad que lastra a América Latina y el Caribe, impidiendo su desarrollo y el bienestar de amplias capas de su ciudadanía. Los derechos humanos son políticos sin duda pero también económicos, sociales y culturales. Los derechos humanos son universales, indivisibles e interdependientes y son exigibles. En la CEPAL hemos incorporado el enfoque de derechos humanos en las políticas públicas y especialmente la igualdad.

Para nosotros hablar de igualdad implica hablar de titularidad de derechos. Implica que se difunda a lo largo de la estructura productiva y el tejido social, el desarrollo de capacidades, el progreso técnico, las oportunidades laborales plenas y el acceso universal a la salud, a la educación y a la protección social, con una mirada transversal en cuanto a equidad étnica, racial y de género.

Raoul Wallenberg vive en la memoria de muchos por su tarea humanitaria. También por su desaparición el 17 de enero de 1945, detenido por fuerzas soviéticas en Budapest, sospechoso de espionaje. Tenía 31 años. Sus propios derechos humanos fueron violados. Antes de desaparecer escribió: “Soy feliz, mi tarea no ha sido en vano”.

Hasta el año 2000 su paradero fue un misterio. Recién ese año la Federación de Rusia reconoció que había sido detenido y encarcelado “hasta su muerte”. La familia solo ha recibido algunos efectos

personales, su cadáver no ha sido devuelto, ni siquiera su certificado de defunción.

La dramática historia de su desaparición llevó a su familia, particularmente a su madre, a una búsqueda incansable por más de medio siglo, que cobró un alto precio para sus padres y hermanos.

Los ecos de este dolor saben a conocido en nuestras tierras. Durante las dictaduras vividas en América Latina el siglo pasado conocimos en carne propia las muertes, desapariciones, torturas de muchos y muchas, dramáticas violaciones de los derechos humanos.

En la CEPAL sufrimos en 1976 el asesinato de dos de nuestros funcionarios, Fernando Olivares y Carmelo Soria, que desaparecieron a manos de los agentes secretos de la dictadura de la época. El cuerpo de Fernando tardó 15 años en aparecer. A Carmelo Soria los agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional lo ejecutaron y simularon un

accidente de tránsito y levantaron un cobarde manto de dudas sobre su honorabilidad. Solo después de 31 años, en noviembre de 2007, aquí en la CEPAL, se levantó una placa, donada por el Gobierno de Chile en homenaje y memoria de Carmelo Soria.

Hoy hemos recordado la vida y obra de Raoul Wallenberg. Retomo unas palabras de Jan Eliasson:

“Era un hombre común y corriente que mostró que la acción es posible y necesaria. No siempre tenemos que estar preparados o tener todas las de ganar para hacer lo que está bien. Su ejemplo nos demuestra que todos podemos crecer cuando la ocasión lo amerita, y nos debe inspirar a hacer esfuerzos sobrehumanos”.

Quisiera concluir estas palabras invocando, en homenaje a Raoul Wallenberg, y a los tantos indispensables héroes como él, las coplas otro humanista universal, el trovador francés Georges Brassens:

... Para ti es esta canción,  
tú, extranjero que, sin más,  
me sonreíste tristemente  
cuando los gendarmes me detuvieron.  
Tú, que no aplaudiste cuando  
los aldeanos y las aldeanas,  
toda la gente “de bien”  
reían al ver cómo me llevaban.  
No era más que un poco de miel  
pero calentó mi corazón  
y en mi alma aún arde  
como si fuera un gran sol.

Tú, extranjero, cuando mueras,  
cuando el enterrador te lleve  
que te conduzca a través de los cielos  
hasta el Padre Eterno.

Muchas gracias.